

La “distintividad” y el “otro” en las identidades

MARIANA S. LEONE*



GOULD, Andrew C. y MESSINA, Anthony M (eds.), *Europe's Contending Identities: Supranationalism, Etnoregionalism, Religion and New Nationalism*, University Press, Nueva York, 2014, ps. 241.

GLOVER, Jonathan, et. al., *Naciones, identidad y conflicto: Una reflexión sobre los imaginarios de los nacionalismos*, Oxford University Press, Barcelona, 2014, ps. 164.



Enfrentar problemas que traspasan fronteras nacionales, compartir valores políticos o procesos históricos, tener afinidad en los usos y costumbres o poder beneficiarse económica y geopolíticamente son algunas de las razones aducidas a nivel mundial por líderes políticos y académicos para desarrollar proyectos de cooperación e integración regional. Si bien cada proyecto experimenta diferentes fases e incluso podríamos decir, que diferentes rutas hacia la consecución de sus objetivos, parecen tener en común un problema central: ¿Cómo gestionar la tensión entre identidad nacional e identidad supranacional, particularmente, cuando la ciudadanía general no parece participar de un sentimiento de pertenencia a la región?

Esta cuestión es de interés para el constructivismo en Relaciones Internacionales¹ como también para cientistas políticos o teóricos del nacionalismo², los cuales intentando dar respuestas a los conflictos entre las identidades subnacionales y la identidad nacional, deben analizar los efectos de los proyectos regionales como la Unión Europea (UE). Es así como, las distintas identidades colectivas —subnacionales, nacionales y supranacionales— interactúan como fuerzas que resultan cruciales en el análisis de la integración regional, para dar sentido a los éxitos, fracasos y crisis de ese proceso, más allá de las cuestiones geopolíticas y económicas.

Es por esta razón y a partir del estudio de dos obras recientemente

¹ Algunos ejemplos son los trabajos de: WENDT, Alexander, "Collective Identity Formation and The International State" en *American Political Science Review*, vol. 88, nº2, 1994, ps. 384-397; HEMMER, Christopher and KATZENSTEIN, Peter J., "Why is There No NATO in Asia? Collective Identity, Regionalism and the Origins of Multilateralism" en *International Organization*, vol. 56, nº2, 2002, ps. 575-607; y RISSE, Thomas, *A Community of Europeans: Transnational Identities and Public Spheres*, Cornell University Press, Nueva York, 2010.

² Algunos ejemplos son los trabajos de: SMITH, Anthony, *La identidad nacional*. Trama, Madrid, 1997; y GUIBERNAU, Monserrat, *La identidad de las naciones*, Ariel, Madrid, 2009.

***Mariana S. LEONE,**

Doctoranda en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Investigadora en Formación con el Programa de Ayudas FPI-UAM 2013 en el Departamento de Historia Contemporánea de la UAM.

publicadas, que nos adentramos en el análisis de las tensiones entre identidades colectivas. Con el objetivo, por una parte, de observar el papel de la "distintividad" y el "otro" en la construcción de la identidad, y por otra parte, de comprender los efectos de esos elementos de construcción en la profundización de la integración regional.

La obra editada por Andrew C. Gould y Anthony M. Messina, *Europe's Contending Identities: Supranationalism, Etnoregionalism, Religion and New Nationalism*, plantea preguntas como qué es la identidad europea, si realmente existe, cómo se construye y qué posibles impedimentos tiene su construcción. Las tres primeras preguntas se abordan en la primera parte del libro mientras que los impedimentos para el desarrollo de una identidad europea son presentados posteriormente bajo la siguiente clasificación: identidad etnoregional, religiosa y nacionalista³.

Por otro lado, la obra *Naciones, identidad y conflicto: Una reflexión sobre los imaginarios de los nacionalismos*⁴, escrita por varios y reconocidos filósofos, tiene por objetivo conceptualizar lo que llama el nacionalismo y sugerir cómo lidiar con él. Sin embargo, vale hacer una aclaración. El nacionalismo en este libro no se refiere únicamente al propugnado por grupos de extrema derecha como es entendido en la anterior obra citada. Por el contrario, este término en algunos capítulos puede hacer mayor referencia al etnoregionalismo o ilustrarse con ejemplos sobre conflictos en que la religión o la etnia parecen influir. Todo esto podría indicar que las fronteras entre identidades colectivas son más bien difusas y maleables según el discurso que las circunscriba y que el lector debe recordar que las identidades no son reificaciones sino construcciones sociales y políticas.

Este uso diferenciado del término "nacionalismo" por cada autor en esta segunda obra no es óbice para que el lector imagine un diálogo entre ellos, pues todos comparten la idea de que es un par de lentes a través de los cuales se mira la realidad en términos de "nosotros" y "otros" y según sean vistos, puede llevar o no al conflicto. De este modo, un diálogo resulta enriquecedor por cuanto una obra tiene un enfoque más aplicado mientras la otra se sustenta en una reflexión teórica.

En la primera parte del libro *Europe's contending identities*, se define la identidad europea como una identidad política y social en la que el "otro" es un elemento esencial. Política, por cuanto, está formada por un conjunto de valores que se reconocen como propios y que llevan a pensar en cómo éstos hacen distinto al colectivo legitimándolo en la toma de decisiones. Y social porque se construye en un proceso de comparación que establece fronteras entre "nosotros" y "otros", según las similitudes o diferencias percibidas, lo que despierta sentimientos de pertenencia a un grupo y el afán por lograr sus objetivos. El modo en que definen los autores la identidad en este libro parece acertado, por cuanto destacan su influencia en la política, ya sea, movilizandole la reciprocidad o el antagonismo o bien, porque señala que la identidad es influida por la política, según los intereses y discursos en un determinado contexto. Con todo, en esta definición se observa que la construcción de la

³ En esta obra, el nacionalismo se entiende como ideas políticas de grupos de extrema derecha.

⁴ La obra es una compilación de ensayos publicados originalmente en inglés en la obra de MCKIM, Robert y MCMAHON, Jeff (eds.) *The Morality of Nationalism*, Oxford University Press, 1997

identidad europea parece inseparable de una construcción sobre el “otro”.

Anthony Messina señala que la construcción de la identidad europea es necesaria ya que un sentimiento común facilitaría la toma de decisiones políticas, generaría lealtades y confianzas necesarias para la paz social y sobre todo, porque en el contexto actual de “*superdiversidad*” tras las ampliaciones de 2004, de 2007 y el incremento de la inmigración, la identidad europea contrarrestaría la apatía o manipulación política de la diversidad por parte de los partidos nacionalistas extremos.

Ahora bien, los datos analizados por Jack Citrin y Matthew Wright señalan que los ciudadanos europeos se identifican nacionalmente o, en el mejor de los casos, tienen una identidad dual —nacional y europea—, aunque esto no tiene por qué ser así. Las identidades nacional y supranacional no son necesariamente excluyentes, sino que pueden ser situacionalmente activadas o mezclarse⁵. Citrin y Wright, analizando encuestas sobre apegos y miedos ante la UE, llegan a dos conclusiones: primero, las personas que priorizan su identidad nacional son menos favorables a ceder autoridad política a Bruselas; y segundo, que independientemente de si la identidad es nacional, dual o europea, los ciudadanos no se muestran favorables a la cesión de soberanía en temas de educación y política cultural, áreas que influyen en la “*distintividad*” de la nación, aunque sí estarían dispuestos a ceder en asuntos como defensa, inmigración o política exterior.

¿Qué define esa “*distintividad*” que los europeos quieren preservar y que se convierten en normas de inclusión y exclusión? Citrin y Wright señalan que podrían ser los valores cívicos o étnicos. Ante esto, los autores apuestan por una identidad europea construida sobre fundamentos cívicos no porque sea la mejor alternativa sino porque dado el multiculturalismo, el patriotismo constitucional permitiría mayor facilidad en la gestión de la diferencia. El interrogante que planteamos ante esto es conciso: ¿por qué cuando hablamos de multiculturalismo parece que nos referimos más a la raza o a la religión y no a cuestiones normativas? Volveremos a esta cuestión más adelante.

La segunda parte del libro trata sobre la influencia de las identidades etnoregionales en el desarrollo de la identidad europea, revelándose que la identidad subnacional no es necesariamente un impedimento para la supranacional.

Seth Kincaid Jolly presenta la conocida actitud proeuropea de los partidos etnoregionales, que ven a la UE como una debilitación del estado, pero también desarrolla una hipótesis poco común sobre la influencia de la profundización de la integración regional en el aumento de las actitudes favorables hacia una mayor descentralización o independencia dentro de los cada país⁶. El autor pone a prueba su hipótesis estudiando el caso de los escoceses, quienes entre 1979 y 1997 mantuvieron una actitud mayoritaria a favor de una descentralización, pero

⁵ Las posibles formas de tener distintas identidades colectivas presentadas por Citrin y Wright (2014) recuerda en ciertos aspectos a la forma de conceptualizar múltiples identidades de Thomas Risse en su libro “*A Community of Europeans?...*” op.cit., p.23, si bien el modelo de Risse nos parece que contempla más opciones, entre ellas, la que denomina “*marble cake*” en la que las identidades se entrelazan de tal modo, que una se explica en términos de la otra.

⁶ Seth Kincaid Jolly, p. 83.

únicamente a finales de los noventa, tradujeron esa actitud en voto a favor de la creación del Parlamento Escocés. Esto es interpretado de la siguiente manera: A mayor presencia de la UE, mayor percepción de la viabilidad de autonomía.

Corroborando esta posible alianza entre etnorregionalismo y UE, Bonnie M. Meguid analiza el efecto de una descentralización efectiva en el apoyo electoral a los partidos etnoregionalistas en el Parlamento Europeo. Suponiendo que la actitud proeuropea del etnoregionalismo es una mera estrategia, una vez se han obtenido logros, el apoyo debería disminuir. Este razonamiento no sucede en la realidad ante lo cual, Meguid ofrece dos posibles explicaciones: Primero, los etnoregionalistas aún no han satisfecho todas sus demandas; y segundo, las ventajas logradas a nivel regional también se traducen a nivel europeo en cuanto a votación. A juicio personal, se agrega una tercera posible explicación acorde a la línea seguida en este ensayo: Si bien el apoyo etnoregional a la UE puede ser estratégico, al obtener logros, este podría incidir en modificaciones de la identidad subnacional que permita leerla en términos de lo que Europa le ha ofrecido, entremezclando esta identidad con la europea y por tanto, favoreciendo cualquier acción en pos de la UE.

Por su parte, Margarita Gómez-Reino cuestiona el proeuropeísmo de los partidos etnoregionalistas. Afirma que el apoyo a la integración europea es condicional y dependiente de la ideología política del partido: —los etnoregionales de centro serían más proeuropeos mientras que los más extremos serían euroescépticos—. Su análisis, partido a partido, señala que es necesario observar cómo cada uno construye sus identidades nacionales de forma inclusiva o excluyente a la identidad europea.

La tercera parte del libro trata sobre las identidades religiosas en la UE a la luz de la inmigración musulmana, planteando preguntas de sumo interés: ¿las identidades etnoregionales fomentan la xenofobia?, ¿los ciudadanos de origen inmigrante son menos proeuropeos que los ciudadanos autóctonos?

La primera pregunta es abordada por William L. Miller y Asifa M. Hussain, los cuales, basándose en el caso escocés concluyen que el nacionalismo no es significativamente más islamofóbico mientras que sí es más anglofóbico, lo que apunta a la visión histórica del inglés como un “otro” significativo. Su capítulo indica que etnoregionalismo no es necesariamente intolerante ante un “otro” que podría parecer que difiere en más categorías —como la etnia o la religión— sino ante un “otro” que es vehiculado con una narrativa más hostil. A pesar de esto, queda la incógnita de si la islamofobia es vista como una forma de intolerancia menos legítima y por tanto, más difícil de manifestar abiertamente.

La segunda pregunta es abordada por Marco Cinnirella y Saira Hamilton, quienes exponen que la identidad nacional es complementaria a la identidad supranacional, entendiéndose que ambas son diferentes niveles de abstracción. En el caso británico, no se distinguirían los niveles de abstracción dada la forma en que el británico entiende como enemigo histórico a Francia o Alemania. Bajo estas premisas, estudiaron si los ciudadanos británicos de origen asiático conciben como complementarias la identidad británica y europea. Su trabajo indica que, efectivamente, la memoria colectiva influye en la compatibilidad percibida entre identidades.

La cuarta parte del libro trata sobre los retos que plantean las identidades nacionalistas a la identidad europea. El capítulo de Terri E. Givens señala la paradoja de que en un contexto de aumento de popularidad de partidos de derecha radical en países como Francia o Austria, la UE haya desarrollado políticas en tiempo récord en contra de la discriminación racial, pero que haya buscado, simultáneamente, mayor control de la inmigración. De ello infiere el deseo de construir una identidad europea más inclusiva pero que intenta contentar o contener distintas fuerzas.

Nicole Lindstrom, analizando la adhesión de Estonia y Eslovenia a la UE, resalta los retos para la construcción de la identidad europea cuando los estados miembros tienen distintas culturas económicas. Asimismo, describe cómo estos países afrontan su adhesión con importantes resistencias al percibir que ésta amenaza sus intereses nacionales. Este capítulo sugiere que la otredad no se mide sólo en términos de amenazas a la cultura simbólica sino también a la cultura económica

A partir de *Europe's Contending Identities* puede decirse que si bien la identidad europea es algo que sigue en construcción y que aún no está tan difundida, parece estar fundándose en un fuerte sentido de "*distintividad*"; no sólo porque la UE represente el proyecto más ambicioso de integración, sino porque debajo de ella, están los temores de los europeos a perder lo que los hace diferentes, activando así fuerzas de resistencia.

Esto suscita al menos tres preguntas: En primer lugar, ¿es la "*distintividad*" necesaria para sentirnos legitimados a tener poder, en un mundo donde la soberanía se ha otorgado a naciones que se definían homogéneas endogrupalmente y heterogéneas exogrupalmente; o es un sesgo humano que tiene como fin reivindicar la propia valía? En segundo lugar, ¿sin "*distintividad*" no hay política considerando esta última como una lucha de poderes? Y en último lugar, ¿podemos definir aspectos en los que se evalúa —y con ello, se discute y se negocia— la "*distintividad*" y aspectos en los que no?

Ante estos interrogantes que surgen a partir de la obra editada por Gould y Messina, *Naciones, Identidad y Conflicto* ofrece oportunidades de diálogo y de respuesta. Los capítulos de Jonathan Glover y Charles Taylor tienen el objetivo de complementar las explicaciones aportadas por teóricos contemporáneos como Gellner o Anderson⁷ sobre el nacionalismo.

Glover señala que el nacionalismo satisface la necesidad psicológica de tener una identidad personal y moral, así como la de pertenecer a un grupo que dé protección ante amenazas externas. De este modo, destaca que el nacionalismo tiene una cara positiva, pero que —sin embargo— también tiene una cara negativa que se activa cuando es instrumentalizado políticamente o cuando se circunscribe en una narrativa de resentimientos, derrotas, victorias y amenazas.

⁷ Ernst Gellner en su libro *Nations and Nationalism* (1983) desarrolla su tesis de que el nacionalismo se produce en la transición de una sociedad agraria a una industrial en la que los nuevos estados requieren y a la vez fomentan cierta homogeneidad mientras que Benedict Anderson en su libro *Imagined Communities* (1991) señala que el nacionalismo surge con el desarrollo del capitalismo, los nuevos mercados y la imprenta que fomentarían la construcción social de una comunidad en la que los miembros jamás se llegarán a conocer cara a cara pero se sentirán parte de un mismo grupo en el que expresan lealtad y afinidad.

Taylor señala que la modernidad generó procesos de homogenización requeridos por el estado, como también la priorización de la identidad nacional frente a otras identidades. Estos efectos a su vez, generaron un llamamiento a la diferencia como reacción. De esas reacciones surgió el nacionalismo como vehículo de una dignidad amenazada y que nos recuerdan que el estado se sostiene sobre la paradoja de usar la narrativa de crear ciudadanos sin distinción, al mismo tiempo que se funda en una nación cultural a la que no todos pertenecen.

Avishai Margalit complementa estos capítulos presentando las posturas enfrentadas de Carl Schmitt e Isaiah Berlin sobre el nacionalismo como una necesidad psicológica. Schmitt, afirma que todas las áreas de la vida humana se traducen en dicotomías: la ética entre el bien y el mal, la lógica entre la verdad y falsedad y la política entre amigo y enemigo. A partir de esto, postula que la política no existe sin esa dicotomía que, a su vez, permite adquirir una identidad. El nacionalismo, por tanto, sólo agudizaría esa dicotomía, de modo que satisface la necesidad de unirse a los amigos y combatir a los enemigos. Adicionalmente, Schmitt agrega que una persona puede cambiar de bando pero las personas no pueden existir sin el “nosotros” y “otros”.

Frente a Schmitt, Berlin defiende que no hay una necesidad ontológica de enemigos y que el nacionalismo no se basa en la hostilidad hacia el “otro” sino en la inconmensurabilidad de valores. Con inconmensurabilidad de valores, Berlin hace referencia a que dos grupos diferentes pueden considerar los mismos valores deseables, sin embargo, está en la naturaleza humana la imposibilidad de conciliarlos todos en la práctica, lo cual lleva a que cada forma de vida refleje sólo algunos. No obstante, ninguna forma de vida es mejor que la otra ya que cada una tiene un valor intrínseco. El nacionalismo, en esta concepción, sería sólo una forma de vida más que —sin embargo— tendría una peligrosa manifestación cuando considera al “otro” como inferior. Esa idea de superioridad se desarrollaría históricamente y por tanto, es evitable.

Los argumentos de Glover y Taylor sugieren que la “*distintividad*” en las identidades satisface una necesidad psicológica, ya sea para autodefinirnos, defendernos de amenazas o reivindicar la propia valía —lo que no implica que pudieran existir otras formas de satisfacerla—. Del mismo modo, sugieren que la búsqueda de “*distintividad*” es resultado de las narrativas con las que intentamos sustentar las estructuras sociales que hemos construido y que han terminado por dar al “otro”, un papel “de espejo, de contraste, de definir lo que no somos, para bien o para mal”⁸.

Las posturas entre Schmitt y Berlin, al igual que Glover y Taylor señalan que la “*distintividad*” tiene relación con la naturaleza humana. En una postura como una necesidad de identidad y de poder que contestaría negativamente a nuestra pregunta sobre la posibilidad de política sin “*distintividad*”; y en la otra, como una característica valiosa, pero que —inmersa en una lógica de superioridad/inferioridad— puede ser pernicioso. La visión de Berlin, aunque atractiva por la forma de apreciar las distintas formas de vida, genera un nuevo interrogante: ¿es posible hacer política sin que nadie intente imponer una forma de vida sobre otra, esencialmente, cuando entran en conflicto?

⁸ Charles Taylor, p. 78.

Esta pregunta podría intentar ser contestada por los dos capítulos finales de *Naciones, identidad y conflicto* que reflexionan sobre cómo lidiar con las diferencias, sin dejar de lado cierto realismo. Michael Walzer conceptualiza la tolerancia como un continuo que va desde la mera aceptación hasta un respaldo a la diferencia, analizando para ello cómo ésta se ha traducido en los cuatro modelos de organización social: imperios, estados consociacionales, estados-nación y sociedades inmigrantes. Tras su análisis, propugna que las sociedades inmigrantes es la organización donde es posible la tolerancia evitando la opresión. Donde, también, los grupos diferentes no simplemente coexisten sino que se mezclan en familias, lo que puede llevar a desdibujar fronteras entre grupos. Sin embargo, el autor alerta que la diferencia seguirá generando problemas que gestionar, porque la tolerancia tiene límites —véase el caso de que un grupo realice prácticas opresivas— aunque esos límites son negociables.

Robert McKim en su capítulo aboga por una identificación nacional atenuada para lidiar con la diferencia. Agrega que es necesario disminuir el afán de "*distintividad*" y ejercer respeto, que —en contraposición a la tolerancia— conllevaría aprecio al "otro", reconocimiento de que puede aprenderse de él y autocrítica sobre la identidad propia. Valga hacer un inciso para resaltar que si bien estas ideas de McKim son sugerentes, es criticable que intente aplicar esto sólo a lo que él considera "naciones mínimamente decentes", las cuales serían evaluadas según si realizan actos bárbaros, si hay gente inteligente y prudente que se haya identificado con ellas y si sus aspiraciones han sido comprendidas por alguien imparcial e íntegro. Cuestiones que claramente quedan abiertas a la subjetividad del autor, que decide quién es íntegro o no, y que parecen difíciles de satisfacer fuera de las naciones que resulten más cercanas a él.

Trasladando estas reflexiones al contexto de la UE, se percibe que si bien el lema de la construcción de la identidad europea es "unidad en la diversidad", la tendencia es la búsqueda de una homogenización en lo normativo, que siguiendo la estela de la escuela de pensamiento liberal, extrapolaría del ámbito nacional al supranacional aquello tan conocido como el nacionalismo cívico: democracia, derechos humanos y libertad —a lo que podemos agregar un modelo económico entre el liberalismo y el estado de bienestar tal como señala Lindstrom en su capítulo—. En otros términos, la UE parece buscar tolerancia ante la diversidad cultural, étnica y religiosa situando los límites a la tolerancia en la dimensión normativa, donde es más difícil que se den negociaciones. Por eso, ante la pregunta que planteamos cuando comentamos las ideas de Citrin y Wright sobre por qué el multiculturalismo parece hacer mayor referencia a raza y religión que a lo normativo, podemos contestar ahora que debido a que ello abriría la puerta a tener que introducir los valores en la agenda política y por ende, llamar a negociación.

Al parecer, es la forma de vida liberal la que sigue imponiéndose consciente o inconscientemente como la mejor, lo que seguramente seguirá activando las identidades etnoregionales, religiosas o nacionales en este ensayo como posibles impedimentos para una identidad europea porque conllevan en términos de Berlin, formas de vida. Resulta, por tanto, sensata la sugerencia de Messina sobre la necesidad de que los partidos políticos gobernantes en Europa, dialoguen abiertamente sobre cómo gestionar la diversidad, considerando que la "*distintividad*" también es una cuestión normativa. Con esto no reivindicamos que deba

intentarse complacer a todo el mundo, pero sí crear espacios políticos donde los “otros” puedan encontrar aceptación, respeto o, incluso, admiración, no sólo una aparente justicia. Glover en su capítulo sostiene que deberíamos “adaptar los estados para que la gente encaje en lugar de que la gente encaje en los estados”⁹. En otras palabras, si la UE desea construir una identidad europea que sustente su proyecto, deberá adaptar sus estructuras a la gente.

Las obras reseñadas nos ayudan a concluir que el “otro” difícilmente desaparecerá de nuestras identidades construidas y en construcción, así como no desaparecerá nuestro afán por ser distintos. Sin embargo, lo importante para que las acciones colectivas tengan éxito no es la ausencia de otras identidades o el fin de la diferencia, sino las narrativas que se crean en torno al “otro” y a la importancia de la “*distintividad*”. Esas narrativas pueden llevar a hacer saliente lo que no hay en común, asociar al “otro” con determinadas ideas y emociones, o —incluso— catalizar determinadas fuerzas si tratan las diferencias como un tabú. Son esas mismas narrativas que los líderes políticos utilizan para intentar obtener sus objetivos, o las que construyen la memoria colectiva que no permite que un escocés nacionalista se conciba británico o que un británico se sienta europeo.

Por tanto, nuestra conclusión es clara. El problema de la construcción de la identidad no es el “otro” o el deseo de ser distintos. El problema está en el deseo de hacer política con miedo a lidiar con el conflicto —considerando que el conflicto también es un continuo que va desde el simple desacuerdo a la hostilidad—, la diferencia y a tener que cambiar algunas estructuras ante las necesidades. Construir identidad europea o cualquier identidad regional, sin duda, es un desafío, que en lugar de considerarlo extenuante, debería verse como algo apasionante, sobre todo si la institución regional en cuestión puede construir esferas políticas que en lugar de reproducir estructuras de los estados a gran escala, procuren crear estructuras donde los valores y los símbolos de distintos grupos no sean vistos como amenazas. ●

Bibliografía

- GUIBERNAU, Monserrat, *La identidad de las naciones*, Ariel, Madrid, 2009.
- HEMMER, Christopher and KATZENSTEIN, Peter J., “Why is There No NATO in Asia? Collective Identity, Regionalism and the Origins of Multilateralism” en *International Organization*, vol.56, nº3, 2002, ps. 575-607.
- RISSE, Thomas, *A Community of Europeans: Transnational Identities and Public Spheres*, Cornell University Press, Nueva York, 2010.
- SMITH, Anthony, *La identidad nacional*. Trama, Madrid, 1997.
- WENDT, Alexander, “Collective Identity Formation and The International State” en *American Political Science Review*, vol.88, nº2, 1994, ps. 384-397.

⁹ Jonathan Glover, p. 46.